

# Vida consagrada también para los laicos



David Harold-Barry SJ



David Harold-Barry SJ

**E**n los círculos católicos a menudo somos testigos, o al menos oímos hablar, de personas que se ordenan como sacerdotes o que optan por un compromiso o profesión religiosa. Es diferente al matrimonio pero contiene el mismo elemento del regalo permanente de uno mismo. ¿Pero cuándo fue la última vez que asistieron a una ceremonia de profesión de compromiso de laicos? ¡En mi caso, la respuesta es *ayer en Kasisi, Zambia!* No tuvo todos los símbolos presentes en una ordenación o profesión de compromiso, pero compartió el mismo clima de promesa y alegría.

Había profesionales, hombres y mujeres que habían practicado una vida en el Espíritu durante varios años y ahora deseaban comprometerse de manera permanente con un estilo de vida basado en las Escrituras. Quizás puedan pensar, “*bueno, ya hacemos eso sin ninguna demostración pública*”. Sin duda, ustedes lo hacen y muchos otros también. Pero el compromiso público, como en el matrimonio o en otras situaciones, ayuda a concentrar la mente y ofrece método y estructura. Y aquellos que son testigos del compromiso son conscientes de que tienen la tarea de apoyar a las personas que toman esta opción. Las ocho personas que hicieron esta promesa de por vida son miembros de la Comunidad de Vida Cristiana, una asociación pública a nivel mundial basada en la espiritualidad de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús. La manera de Ignacio no fue pensada solamente para los jesuitas sino que abrió un camino para todos los que desearan vivir las Escrituras de una manera más cercana. Me sorprendió esta sencilla ceremonia debido a que la atención se centraba en un movimiento de la Iglesia que es tan transformador como la levadura en la masa. He vivido lo suficiente para haber visto seminarios y noviciados repletos de personas en todos los continentes. Cuando yo ingresé al noviciado de la Compañía, éramos setenta novicios en los tiempos previos al Vaticano II. Muchos abandonaron la Compañía en las décadas de 1960 y 1970 y pocos ingresaron en las décadas de 1990 y 2000. Hoy, las cifras representan tan solo una fracción de lo que solíamos ser, aunque eso no nos genera pánico. Con calma, intentamos comprender lo que está sucediendo.

Una de las conclusiones patentes es que los laicos están asumiendo un papel mucho más activo en la Iglesia como nunca antes. Puedo vislumbrar el día en que el Vaticano estará lleno de hombres y mujeres y serán pocos los clérigos que estén por allí. Esto ya ocurre en las oficinas diocesanas. Las escuelas católicas que en su momento fueron gestionadas casi exclusivamente por religiosos (esa fue mi experiencia en el *St. Ignatius College* en Zimbabue cuando llegué en 1966) ahora están totalmente en manos de los laicos. Los religiosos continúan allí, y hablaremos de eso en breve.

Por lo tanto, los laicos han asumido responsabilidades en escuelas, hospitales, estaciones de radio, centros sociales y otras obras semejantes que solían ser gestionadas por sacerdotes y religiosos. Pero la pregunta a la que nos enfrentamos es: ¿Están gestionando estas obras como profesionales competentes solamente o también se ven a sí mismos como misioneros del Evangelio? No debe existir una contradicción entre estas dos actitudes, ya que la estrategia verdaderamente “profesional” siempre estará en armonía con el Evangelio. Cuando hago esta distinción me refiero primero a aquellos que consideran que su trabajo consiste en satisfacer las expectativas básicas establecidas en su descripción laboral. Sin embargo, vivir el Evangelio desafía cualquier descripción laboral. Jesús usó parábolas, no descripciones, porque vivir según el Evangelio amplía los horizontes y no tiene límites.

Mi experiencia es que los compañeros de trabajo laicos son tocados por los valores del Evangelio y desean vivir esos valores en servicio de la Iglesia y en sus propias vidas en sus hogares y con sus familias. Pero a menudo es difícil captar lo que significa exactamente ser discípulo de Jesús, a menos que tengamos una manera de descubrir quién fue Jesús y cuál fue su mensaje. Esto no lo podemos obtener de libros o de cursos de capacitación. Aquí es donde aparece el papel de la Comunidad de Vida Cristiana (CVX). Presenta un estilo de vida que nos lleva al corazón del mensaje del Evangelio. Primero, CVX es un movimiento comunitario. Los miembros se reúnen regularmente, a menudo cada quince días, y comparten sus experiencias en el contexto de la oración. Se ayudan unos a otros a comprender el signi-

Una de las conclusiones patentes es que los laicos están asumiendo un papel mucho más activo en la Iglesia como nunca antes

ficado de sus experiencias y se animan mutuamente a enfrentar los desafíos. También disfrutan de la compañía mutua y establecen amistades sólidas y vínculos cercanos.

En segundo lugar, la CVX emplea las herramientas de la espiritualidad ignaciana, es decir, la dinámica de los Ejercicios Espirituales, que se trata de un método para comprender (discernir) las motivaciones que dominan nuestros corazones. ¿Cómo actúo y por qué actúo de la forma que lo hago? Estos ejercicios no son sesiones de capacitación, como las que se someten los futbolistas y atletas, aunque tienen algunos elementos comunes, especialmente en lo que respecta al desarrollo de actitudes y la adquisición de espontaneidad. Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio invitan a la persona a prestar atención a Dios, que obra en nuestros corazones. Esto se logra ayudando al ejercitante a verse tal cual es en realidad. Como el diagnóstico de un médico, esto puede resultar aterrador. Pero a diferencia del diagnóstico de un médico, aquí siempre hay un remedio. El ejercitante sigue a Jesús a través de su proclamación del Reino, el costo que tuvo para Él con su muerte y la irrupción de la nueva vida al resucitar de entre los muertos. Los miembros de la CVX deciden ser parte de este viaje y aplicar estas experiencias vividas a su propia vida.

Y es aquí que llegamos al tercer pilar, o al corazón de la CVX: la misión. Habiéndonos unido como una comunidad de amigos que han decidido recorrer la vida, muerte y resurrección de Jesús, estamos— como los discípulos de la Iglesia de los orígenes— listos para la misión. La CVX ofrece cuatro maneras en que se puede lograr esto, pero en este documento me gustaría hacer énfasis en la primera manera. Las cuatro maneras son:

- ♦ La misión de vivir el Evangelio en la vida cotidiana.
- ♦ El trabajo individual, asalariado o voluntario, a través del cual servimos a las personas.
- ♦ El trabajo en colaboración que gestionan las Comunidades Nacionales de varios países, como una escuela en Nairobi.
- ♦ El trabajo de defensoría, como ante la ONU, donde la CVX tiene una voz.

Vivir el Evangelio en la vida cotidiana es a



La misión de la CVX, en primera instancia, es vivir a la luz del Evangelio en aquellos “lugares y circunstancias” donde solo yo, como laico, puedo hacer una contribución

lo que estamos llamados todos los seguidores de Jesús. Pero para muchos esto puede ser algo general y con poca reflexión. Es la actitud general de ser un “buen tipo” y “hacer lo correcto”. Pero puede ser un poco confuso. Hablé sobre la reducción en la cantidad de sacerdotes y religiosos en las décadas de 1960 y 1970 pero al mismo tiempo el Concilio Vaticano estaba haciendo un nuevo énfasis en la misión de los laicos. Hay varios pasajes sorprendentes en *Lumen Gentium* (n° 31, n° 34 y n° 36) y en *Gaudium et Spes* (n° 36), pero permítanme citar uno solo:

Los laicos están llamados a hacer la Iglesia presente y operativa en aquellos lugares y circunstancias donde *solamente a través de ellos* podrá convertirse en la sal de la Tierra (LG n° 33). Jesús le dio una misión a la Iglesia, la que principalmente se entiende como el anuncio de la buena noticia y el ministerio de los sacramentos. Todas las demás obras, como escuelas, clínicas, trabajo con refugiados, etc., son expresiones del anuncio de la buena noticia que es el amor y la compasión de Dios por su pueblo. Pero



ahora, en el siglo XX, la Iglesia ha comprendido que esto no es suficiente. Dios también desea revelarse en medio de la vida ordinaria y el trabajo: el pescador y sus redes, el mecánico y su torno, la representante de ventas y su ventanilla de pagos. Tienen que ‘anunciar’ el reino de una manera que pueda realizarse: *únicamente a través de ellos*. Esto significa muchas cosas, por ejemplo, integridad, imaginación y atención al entorno. Un predicador puede sugerir a sus fieles el domingo por la mañana que sean honestos. Pero no hay manera en que pueda sugerirles cómo ser imaginativos. Pero la imaginación es parte de la buena noticia. Nunca habríamos podido avanzar la creación de Dios, como lo hemos hecho, sin la imaginación. Por lo tanto, vivir el Evangelio no es solamente ser paciente con nuestro cónyuge, es también ver el trabajo como un lugar donde puedo hacer mi aporte para construir una comunidad del pueblo de Dios. El trabajo a menudo parece ser algo aburrido y rutinario. Pero la alegría está en obtener toda la alegría que yo, como persona, puedo contribuir. Por lo tanto, la misión de la CVX, en primera instancia, es vivir a la luz del Evangelio en aquellos “lugares y circunstancias” donde solo yo, como laico, puedo hacer una contribución.

La obra de Pierre Teilhard de Chardin, que murió en 1955, dio un gran impulso a este pensamiento, que a su vez influyó a algunos de los obispos del Concilio pocos años después. Teilhard, jesuita francés, se remontó en la historia gracias a su trabajo como paleontólogo al estudiar los orígenes de la vida en nuestro planeta. A lo largo de los años desarrolló un concepto de la evolución como una fuerza en la creación que se impulsó hacia lo que él llamó el punto “omega”, es decir, el punto donde toda la creación alcanza su objetivo.

*Porque todo es de ustedes: ya sea Pablo, o Apolos, o Cefa (Pedro), o el mundo o la vida, o la muerte, o lo presente o el porvenir, todo es suyo, y ustedes de Cristo, y Cristo de Dios. (I Corintios: 3, 21-23)*



Toda la naturaleza, toda la materia, fue cargada de semillas de energía divina y la tarea de los hombres y las mujeres de todo el mundo es hacer que esas semillas den fruto. Esto es tarea principal de los laicos

El pensamiento de Teilhard puede captarse en este breve fragmento:

*Desde las manos que amasan la masa a las que consagran el pan, la gran hostia universal debe prepararse y considerarse en espíritu de adoración. (Le Milieu Divin página 67, ediciones Fontana).*

Toda la naturaleza, toda la materia, fue cargada de semillas de energía divina y la tarea de los hombres y las mujeres de todo el mundo es hacer que esas semillas den fruto. Esto es tarea principal de los laicos.

He descrito brevemente la llamada de los laicos, ¿pero qué implica esto para nosotros, los sacerdotes y religiosos? Por lo que he dicho anteriormente, quizás se me acuse de subestimar nuestro papel, ¿como si nos hubiésemos vuelto redundantes como las antiguas autoridades coloniales! No, eso no sucederá. Existe un papel fundamental para los sacerdotes y religiosos. En el lenguaje de la CVX, son los asistentes eclesíásticos (AE) o capellanes, aunque por algún motivo este último término ha caído en desuso. Lo que ha ocurrido es que los papeles han cambiado. En el pasado, el AE hacía prácticamente todo en relación con la gestión de las comunidades. Ahora ya no tiene que encargarse de la administración ni de la logística y puede concentrarse en la *calidad* de su servicio para “abrir la Escrituras y partir el pan” (Lucas 24, 32). En todos lados –escuelas, parroquias y centros sociales– los sacerdotes y religiosos pueden delegar todas las tareas administrativas y concentrarse en “el servicio de la palabra” (Hechos 6, 4) Los sacerdotes y religiosos (hombres y mujeres), obispos y papas han adquirido mayor libertad para dedicar su tiempo a predicar la palabra y animar a la comunidad. De esta manera, los AE y miembros de la CVX se complementan mutuamente. Es un pequeño modelo de la Iglesia del futuro. Nuestros hermanos y hermanas que realizaron su compromiso en Kasisi el 27 de septiembre de 2015 han dado un claro testimonio al respecto.

*Original en Inglés  
Traducido por Maria C. Galli-Terra*